

Las bases cognoscitivas y éticas de la reflexión utópica de Martí en el contexto estadounidense

Eduardo Enrique Parrilla Sotomayor
Tecnológico de Monterrey, Monterrey

Se está en vísperas de un mundo nuevo. La ciencia se concilia con el espíritu. La religión natural va levantándose del mundo explorado, como un himno. Se llama a recuento, a jubileo social. El que no tiene más derechos, se encara, decidido a vencer, con el que se burla de ello, y prospera con el ultraje. Pero esta edad por venir, en que quedará como vuelto a crear el mundo, con la justicia encima, está todavía en las fatigas de la noche, propicia al salteador, y expuesta a confusiones y caídas.
(Martí, Nueva York, octubre de 1888)

En esa vasta cantera de acontecimientos y reflexiones que conforman las crónicas escritas por Martí durante 1881 a 1892 en Estados Unidos, llaman la atención dos aspectos que, sustentándose en bases cognoscitivas y éticas, arrojan luz a las reflexiones utópicas del patriota cubano. # Por un lado, el legado de la Ilustración, y por el otro, la experiencia cultural e ideológica vivida durante los quince años que residió en ese país. Del legado de la Ilustración cabe distinguir dos ideas que nos dan ecos rousseanianos como las de la condición preeminentemente bondadosa del ser humano y el énfasis en la educación como instrumento para la forjación de un hombre nuevo. # Es digno de notar, no obstante, que el legado de la Ilustración se halla en estos textos como cosa asumida por la oposición persistente de su liberalismo democrático al antiguo régimen. Aunque Martí se refiera a menudo a los pobres y desamparados y le conceda una crónica a Karl Marx en la fecha de su muerte, o bien se interese en la ciencia como una fuerza propulsora del desarrollo, no podría, sin embargo, afirmarse en sus escritos una visión que se ajuste estrictamente al marxismo, al positivismo, como tampoco al legado de Rousseau. Aunque lo más sensato es afirmar que en sus escritos se acrisolan y potencian diversas corrientes de pensamiento, ello no obsta para reconocer que el discurso de Martí está, en considerable medida, imbuido en el idealismo romántico de Ralph Waldo Emerson.

Antes de abordar el segundo legado al que he hecho referencia, es decir, el de las fuentes cognoscitivas y éticas de la reflexión utópica de Martí en el contexto estadounidense, explicaré brevemente el andamiaje teórico sobre el cual se sustentará mi análisis. La tesis de Louis Marin de que la utopía es una crítica ideológica de la ideología (Marin 217) se erige como mi punto de partida, sobre todo, teniendo en cuenta el contexto histórico y la tónica que adquieren las crónicas de Martí. Pero, dado que en estos escritos el utopismo se manifiesta en el discurso de manera multiforme, conviene hacer unas precisiones. El punto neurálgico de toda crítica ideológica se sustenta en la crisis social, la cual surge del choque

incesante de contradicciones en la transición del antiguo régimen monárquico-feudal con el ascenso del proyecto liberal, y del afianzamiento de éste ante proyectos emergentes de vena romántica, socialista y anarquista. En las bases de todo esto, en medio de la oposición que existe entre dominación y liberación como fenómenos sociales, hay gradaciones conductuales que van de la alienación a la resistencia, la primera, más cercana a la dominación, y la segunda, próxima a la liberación. De hecho, el concepto de resistencia va desde la ensoñación y el silencio hasta acciones como la creencia en la llegada virtual de un redentor, o cualquier transgresión esperanzada, proyectada a un futuro potencial de transformación.# Es aquí en que toda expresión imaginaria y conductual de la liberación adquiere visos de utopía. La razón de ser de ésta se manifiesta en tres elementos conductuales y discursivos interactuantes: la emotividad, la reflexión y la acción. Estos tres elementos constituyen, por así decir, el crisol de donde surge la posible concretización de un proyecto utópico específico, el cual siempre establece alguna referencia con la crisis y sus secuelas. Como consecuencia del dinamismo de estos rudimentos surgen diversas formas de hacer utopía, materializadas, ya sea en teorías, obras de arte, ciertas instituciones específicas o acciones individuales o colectivas.

De un modo o de otro, estas formas hacen su aparición en el discurso de las crónicas de Martí. En el curso de esta ponencia me enfocaré en tres vertientes de sus crónicas, entendidas éstas como obras de arte: la semblanza o retrato de personalidades ilustres, cuyas vidas se mantuvieron dentro de una conducta moral afín a un imaginario utópico, la formulación de teorías en ese mismo tenor y el manejo que Martí hace de aforismos que vehiculan sus reflexiones utópicas. En el discurso de las crónicas, estas formas comparten simultáneamente un territorio tanto cognoscitivo como ético. Debe recordarse que, bajo el nombre *Escenas norteamericanas*, iban dirigidas al público lector de diversos países suramericanos, pues se publicaban de manera regular en varios periódicos. Las crónicas de Martí eran, pues, como ventanas de lo que acontecía en Estados Unidos en esos años. Como cronista, Martí, aunque solía tratar temas tan variados como el desfile del Día del Trabajo, el Día de dar Gracias, la construcción del puente de Brooklyn o los inventos y descubrimientos científicos, muestra preferencia por aquellos temas que él consideraba de la mayor relevancia, es decir, los que se encontraban en el marco de lo político y social, de la confrontación entre ideología y utopía. #

En dos crónicas de abril y mayo de 1883, Martí hace una semblanza de Peter Cooper, con motivo de su muerte. Hombre de origen humilde y autodidacta que llegó a ser inventor y empresario, Cooper había dedicado su vida al servicio social, sobre todo, a ayudar a los pobres, además de haberse pronunciado en contra de la esclavitud. Más allá de estos datos, Cooper había luchado encarnizadamente contra del ascenso vertiginoso de la plutocracia en la llamada *gilded age* (1870-1890). En una situación parecida a la que actualmente vivimos, llevó a cabo acciones en contra del poder del dinero por el dinero y del surgimiento de una aristocracia de la riqueza. Sus acciones fueron encaminadas a restablecer una economía democrática dirigida al trabajo productivo y el bienestar de las clases menesterosas. Su lucha fue de tal magnitud que en los últimos años de su vida había combatido denodadamente contra *Wall Street* y a los 85 años aceptó ser candidato a la presidencia de la república por el *National Independent Party*, mejor conocido como *Greenback Party* (Parrington 277). Incluso, sus acciones lo llevaron a hacer una propuesta teórica para reorganizar la economía, a lo que Vernon Louis Parrington se refirió como “una propuesta sugestiva, que sólo un bribón hubiera llamado el plan visionario de un tonto” (281, trad. mía). En ese sentido la vida y las acciones de Cooper adquirieron una proyección utópica.

Lo que Martí eleva de la figura de Cooper es su vida ejemplar, el hecho de que, siendo un acaudalado, enfocó su espíritu emprendedor y su riqueza hacia el desarrollo social. La grandeza del *Cooper Union*, instituto de artes industriales y ciencias que había fundado, por el significado edificante y liberador que encierra, mueve a Martí a una serie de reflexiones en las que aflora cierta emotividad utópica:

Alzáronse los arcos solemnes; tendiéronse los pavimentos espaciosos; pobláronse de millares de libros los anaqueles; sentáronse eminentes maestros en las cátedras; abriéronse de par en par las puertas; y entráronse por ellas, como por aguas de río de redención, los trabajadores incultos: ¡allá van unos a la cátedra de Química! ¡Allá van otros, a la de Grabado en madera, a la de Fotografía, a la de Dibujo práctico e industrial, a la de Mecánica! Juntos vienen en la bulliciosa muchedumbre hombres y mujeres, que en la noble casa aprenden artes de vida, y toman de ellas grado a fin de año; y salen –puesta la mano en las riendas de la Fortuna- a servir en el empleo que la casa misma a veces proporciona! Entrad: ¡qué silencio! Dos mil hombres leen. Seguid: ¡qué hermosura! Trescientas jóvenes estudian. Y mirad por estos vastos corredores, y magníficas salas: hierven grupos que esperan a los maestros del Instituto que vendrán a explicarles cómo se manejan tales instrumentos, o dirigen tales aparatos, o se mueven las fuerzas sociales, o se almacena y radifica la electricidad (254-255).

Resalto la emotividad en este pasaje, toda vez que Martí le infunde un marcado énfasis entonacional al proyecto de Cooper. Pero además, lo utópico del discurso ancla en el viaje al espacio idealizado del plantel en el que Martí funge como anfitrión que invita a conocerlo con expresiones como “entrad”, “seguid” y “mirad”. El dualismo conceptual o frontera de la utopía a la que se refiere Ainsa (39-40) cobra aquí un triple sentido simbólico; en cuanto al tiempo, en el presente y futuro de la experiencia educativa, en cuanto al espacio, en la existencia de la escuela y su ambiente de efervescencia, y en cuanto a su fundamento ético, en la necesidad de formación de los trabajadores incultos y su avidez por el conocimiento.

La afinidad de Martí con Cooper tiene su fundamento en que este instituto nació como un proyecto utópico que, además de ser gratuito, admitía en sus aulas la diversidad. Es por eso que Martí concluye la descripción del plantel con la siguiente reflexión: “Peter Cooper quiere que se diga que la única religión digna de los hombres es aquella que no excluye a hombre alguno de su seno” (255). El imperativo moral que opone a la exclusión la integración como principio de libertad y sociabilidad lleva a Martí a expresar a través de un aforismo, un alcance más abarcador con motivo de esta experiencia educativa: “El mejor Obispo ha sido Peter Cooper. Nación que no cuida de ennoblecer a sus masas, se cría para los chacales” (362). Otro aspecto del significado de la educación en el utopismo de Martí, el cual va en consonancia con Cooper, es su interpretación de ésta en función de la vida, que es lo mismo que decir, en función de la necesidad. En una de sus crónicas cuestionaba el que un niño anduviera memorizándose el pluscuamperfecto, en vez de ponerlo a analizar “qué es el calor y cómo puede servirse de él el hombre” (922); y en la crónica anteriormente citada sobre Cooper sentenció:

Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para vivir.
En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida

se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana la azada.

Otra vida ejemplar que Martí observa con fervor es la de Wendell Phillips, abogado descendiente de una familia patricia bostoniana, que había consagrado su vida al abolicionismo, mucho antes de la Guerra de Secesión. Al igual que Peter Cooper, Phillips participó en el *Greenback Party* y compartió posturas críticas afines a él ante la hegemonía avasallante de las fuerzas plutocráticas. Sin embargo, Phillips llegó a ser un hombre mucho más radical. Se había opuesto a la guerra contra México, había apoyado la primera guerra de independencia de Cuba y había aplaudido la Comuna de París. Además de ser un ferviente defensor de los trabajadores en sus causas laborales, estuvo en contra de la pena de muerte y se pronunció en favor del voto femenino. Su utopismo fue tan radical que coincidió en buena medida con las bases teóricas del marxismo. En ocasión de la *Labor-Reform Convention* de 1871 leyó una resolución que fue adoptada en estos términos:

Afirmamos como un principio fundamental, que el trabajo, la creación de riqueza, da derecho a todo el que la crea.

Afirmando esto, nos reconocemos dispuestos a aceptar el resultado final de llevar a cabo un principio tan radical, como el del derrocamiento del sistema de acumulación de ganancias, la extinción de todos los monopolios, la abolición de las clases privilegiadas, educación universal y fraternidad, completa libertad de intercambio y... la aniquilación definitiva del podrido estigma de la llamada Civilización cristiana –la pobreza de las masas (Parrington 145, traducción mía).

El hecho de que le haya dedicado dos crónicas y que haga referencia a él en otras, revela el aprecio que Martí tenía por Wendell Phillips, a quien llamó “vocero ilustre de los pobres” (327). Lo que resalta de él es su inquebrantable lucha y su exaltado espíritu de sacrificio por crear mejores condiciones de vida entre los humildes. Su lucha no había sido fácil, pues en sus treinta años de activismo abolicionista, había sido injuriado una y otra vez por los esclavistas. Pero el señalamiento de Martí va más allá:

La hora única de triunfo de Wendell Phillips fue aquella momentánea en que las razones políticas trajeron al fin la solución que en él venía predicando la razón virtuosa. Pero era fácil de ver su ira y gran tristeza ante la vida arrebañada y mecánica de la mayor suma de la gente de su pueblo.- Padecía agudamente de ver toda la vida nacional puesta en el logro de la fortuna (331).

Al igual que Phillips, la crítica ideológica de Martí estaba dirigida contra la exclusión y la discriminación étnica, pero al mismo tiempo, contra algo que campeaba por sus fueros en la sociedad estadounidense de aquella época: el apetito de dinero y poder como eje de la vida. # Al respecto, en uno de sus copiosos aforismos Martí planteaba “Todo hombre tiene un poco de león y quiere para sí en la vida la parte del león. Se queja de la opresión ajena; pero apenas puede oprimir, oprime. –Clama contra el monopolio ajeno; pero apenas puede monopolizar, monopoliza (314). En otra crónica en que cuestionaba la excomunión del padre McGlynn, quien inspirado en las ideas de Henry George, defendió a los pobres y desoyó a la Iglesia Católica, expresó: “De vez en cuando es necesario sacudir al mundo, para que lo podrido caiga

a tierra” (904). Y es que, aunque en esos años había voces disidentes con marcado acento utópico, como las de Henry George, quien había publicado el libro *Progress and Poverty* (1879) y la de Edward Bellamy, quien, ya propiamente dentro de la utopía como género, escribió *Looking Backward* (1888), la tendencia ideológica predominante no se oponía al orden establecido. Sin embargo, como señala Alan Brinkley en *The Unfinished Nation*, ese mismo orden de la expansión del capitalismo monopolista se había levantado a costa de profundas crisis sociales:

A finales del siglo, una amplia gama de grupos habían empezado a atacar a los monopolios y la concentración económica. Trabajadores, agricultores, consumidores, pequeños manufactureros, banqueros y financieros conservadores, defensores de un cambio radical –todos se unieron en el ataque. Culpaban a los monopolios de crear altos precios artificialmente y de producir una economía altamente inestable. Empezando en 1873, la economía fluctuó erráticamente, con severas recesiones que hacían estragos cada cinco o seis años, cada recesión peor que la anterior, hasta que finalmente, en 1893, el sistema parecía estar al filo de un colapso total. Sumada al resentimiento social contra los monopolios era la emergencia de una nueva clase de gente conspicua y enormemente rica, cuyos estilos de vida se habían convertido en una afrenta para aquellos que luchaban por mantenerse a flote en la errática economía (Brinkley 475-76, traducción mía).

Este contexto social devastador de la *gilded age*, en el que cuatro quintas partes de la sociedad estadounidense vivía modestamente y al menos 10 millones sobrevivían por debajo del nivel aceptable de pobreza, al mismo tiempo que el costo de vida se elevaba y una nueva clase rica, sustentadora del darwinismo social, se consolidaba haciendo alardes de un lujo extravagante (476), era el medio en el que Martí escribía sus crónicas. Dado el conocimiento que tenía de las fuerzas sociales que en ese momento se debatían en la sociedad estadounidense, y de las persistentes referencias a los principales disidentes que se oponían al autoritarismo plutocrático, cabe inferir que esos años “en las entrañas del monstruo”, significaron para su crítica ideológica, un proceso de confirmación y profundización que revirtió en una cosmovisión de proyección utópica mucho más abarcadora, lúcida y universal.#

Sin embargo, la explicación del utopismo de Martí en el contexto estadounidense quedaría incompleta si no consideráramos el magisterio que ejerció en él el pensamiento de Ralph Waldo Emerson. En el ensayo “Autores estadounidenses asumidos por Martí”, Anne Fountain consigna no sólo ese parentesco, sino las numerosas semejanzas que, a pesar de las diferencias, unen a ambos escritores (Fountain 1915). Mucho antes, Ivan Schulman ya había hecho notar cómo en la obra de Martí se hacen presente símbolos de la naturaleza y analogías que establecen un vínculo intrínseco entre lo natural y lo humano, los cuales compaginan con las ideas vertidas en el ensayo *Nature* de Emerson. Esto no resulta sorprendente, dada la alta estimación que tenía Martí por el poeta y filósofo de Concord, a quien le dedicó una enjundiosa crónica-semblanza con motivo de su muerte.#

Según Emerson, “nature, in its ministry to man, is not only the material, but is also the process and the result. All the parts incessantly work into each other’s hands for the profit of man.” (Emerson *The selected* 8). En consecuencia, para Emerson, la naturaleza prefigura un

estado de trascendencia, pues en ella el hombre es capaz de percibir el alma o razón universal, o dicho de otro modo, el espíritu. Esta concepción tiene como antecedente el motivo platónico del *anima mundi*, que también se halla presente en el brahmanismo y en la poética romántica de Novalis. Emerson llama a ese poder divino *over-soul* y su manifestación en la naturaleza se constituye como un posible espacio utópico al que pueden acceder los seres humanos, en la medida en que forman parte de su divinidad. Este constructo metafísico le sirvió a Emerson para elevar la dignidad humana sobre los falsos valores de su época: “our hunting of the picturesque is inseparable from our protest against false society, Man is fallen; nature is erect, and serves as a differential thermometer, detecting the presence or absence of the divine sentiment of man (Emerson *Essays* 171-172).

Un aspecto llamativo de los escritos de Emerson es que su idealismo romántico, mejor conocido como trascendentalismo, aparenta ser paradójico, ya que, al sustentarse en el agrarismo jeffersoniano y el fisiocratismo parece apelar a una utopía de evasión ante el avance del liberalismo y el capitalismo estadounidense, mientras que, al esgrimir argumentos tan sagaces contra el determinismo económico, la coerción del Estado y la democracia, se hace evidente en sus escritos una utopía de reconstrucción. Su crítica no fue contra la democracia, sino contra lo que Tocqueville llamó “la mediocridad de los deseos” que se daba en ella, es decir, la tendencia a anteponer los apetitos materiales a la sensatez y la grandeza (Aaron 86).

El punto central que une a Martí y Emerson, es la crítica ideológica y el utopismo que cada uno formuló, ante las consecuencias deshumanizantes de la degeneración moral del capitalismo en vías de expansión, incipiente en la época de Emerson, claramente monopolista e imperialista, en la época de Martí. Ante esa situación, ambos abogaron por el equilibrio de las fuerzas sociales, por una gestión política fundada en el amor a la humanidad y una ética del bien común. Es en esa medida que en el discurso de Martí, al igual que sucede con el de Emerson, se desliza un cometido cognoscitivo y ético que, nutriéndose de la retórica poética, adquiere tintes idealistas, a veces con implicaciones místicas. La crítica ideológica común puede ser acerba, pero la prosa de Martí, al igual que la de Emerson, no se aparta generalmente del uso de aforismos, paradojas y otras figuras, capaces de viabilizar la reflexión utópica, siendo portadoras al mismo tiempo, de una irrenunciable esperanza.

Bibliografía

Aaron, Daniel. “Emerson and the progressive tradition” *Emerson*. (ed. Milton Konvitz y Stephen Whicher) Eaglewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall, 1962.

Ainsa, Fernando. *La reconstrucción de la utopía*. México: Correo de la Unesco, 1999.

Brinkley, Alan. *The unfinished nation. A concise history of the American people. From 1865*. Vol. 2 New York: Mc Graw Hill, 1993.

Emerson, Ralph Waldo. “Nature” *Essays*. Boston: Houghton Mifflin Company The Riverside Press Cambridge, 1883, 161-188.

_____. “Nature” *The selected writing of Ralph Waldo Emerson*. New York: Random House, 1950, 406-421.

Fountain, Anne. “Autores estadounidenses asumidos por Martí” *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. (ed. Crítica Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez) Madrid: Unigraf S.L., 2003, 1909-1932.

González Aróstegui, Mely. "Cultura de resistencia y liberación en José Martí" *Cuadernos americanos*. Núm. 112, vol. 4, julio-agosto 2005, 115-124.

Marin, Louis. *Utópicas juegos de espacios*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1975.

Martí, José. *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. (ed. Crítica Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez) Madrid: Unigraf S.L., 2003.

_____. *Nuestra América*. (ed. Crítica Cintio Vitier) La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000.

_____. *Paginas escogidas II* (ed. Roberto Fernández Retamar) La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985.

_____. *Política de Nuestra América*. (pról. Roberto Fernández) México: Siglo XXI Editores, 1977.

Parrington, Vernon Louis. "The middle border rises" *Main currents in American thought The beginnings of critical realism in America, 1860-1920*. Vol. III Norman and London: University of Oklahoma Press, 1987, 379-425.

_____. "The transcendental mind" *Main currents in American thought The romantic revolution in America, 1800-1860*. Vol. II Norman and London: University of Oklahoma Press, 1987, 259-287.

Rodríguez, Pedro Pablo. "El fantasma de banquo. El problema social en las escenas norteamericanas. Apuntes para un estudio" *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*. (ed. Crítica Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez) Madrid: Unigraf S.L., 2003, 1948-1977.

Schulman, Iván A. *Simbolo y color en la obra de José Martí*. Madrid: Editorial Gredos, 1960.

Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era, 2000.

Zinn, Howard. *La otra historia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI Editores, 1999.